

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

29-10-1959

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

JESÚS

¡Qué riqueza encierra en sí la realidad trascendente de Cristo...! Él es el Sumo y Eterno Sacerdote por tener en sí toda la realidad infinita y toda la realidad creada. Él es la unión de Dios con el hombre, porque, en Él, Dios se nos da en la comunicación infinita de su intimidad familiar; y porque, en Él, todos los hombres entramos a tomar parte en la misma vida de Dios.

¡Misterio trascendente el de la Encarnación por el cual Dios es Hombre y el Hombre es Dios...!

Jesús es en sí la perfección infinita y creada, en la unión hipostática de su naturaleza divina con su naturaleza humana, y por eso sufre y goza como nadie en su caminar por la tierra. Su misión es darnos a conocer el gozo eterno que está en la vida del Padre, del Espíritu Santo y de Él mismo. Y sufre y se queja porque, no solamente no conocen al Padre, sino también porque ni siquiera

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-86724-01-5
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

le conocen a Él, que se hizo hombre para que mejor le conociéramos; y con el alma desgarrada por el dolor y la incomprensión de los hombres, dice: ¡Ni te conocen a ti, Padre, ni a Jesucristo tu enviado!

Jesús fue hecho por el Espíritu Santo para traernos la vida divina y abrasarnos en su mismo fuego. ¡Y después de veinte siglos estamos los cristianos de hoy, como los de ayer, sin recibir al Padre como Él desea!

Entremos ahora en el primer instante de ser concebido Cristo.

En ese mismo instante el alma de Jesús contempla cara a cara la divinidad. ¡Qué momento eterno de gozo, de alegría, de amor, de anodamiento, de agradecimiento..., al verse Él el escogido, el ungido, el predestinado, el Hijo amado del Padre...!

¡Toda su alma gozando, abrasada en el ímpetu de la corriente divina, contemplando con el Padre su ser eterno, cantando con su misma Persona, con el Verbo, y abrasándose con el mismo fuego del Espíritu Santo; participando de la Divinidad en una transformación como ninguna criatura; participando de la Trinidad de Personas y de la Unidad de Ser, en cada uno de sus matices y perfecciones, en un grado casi infinito...!

Alma de Cristo, ¡qué contenta...!, ¡qué gozosa...!, ¡qué alegre...! Toda tú eres un júbilo de amor, gozando del contento infinito del Dios altísimo. Alma de Jesús, esposa del Verbo infinito..., ¡el descanso de Dios al mirar al hombre...!

¡Ya el Padre puede mirar a la tierra a través de su Verbo hecho Hombre!

¡Qué sería para Jesús, el Santo, el ver que Él era el Verbo Encarnado? ¡Qué júbilo en el alma de Cristo...! ¡Parece que no tiene tiempo más que para gozar! ¡Está como loco de amor divino!

Y en ese mismo instante de la Encarnación, cae sobre su alma de Redentor la carga innumerable de todos los pecados de los hombres. En ese mismo momento, y precisamente por la luz de la visión de Dios, comprende y penetra hasta lo más profundo la malicia terrible y espantosa del pecado. Y ve que ese mismo Dios Santo es ofendido por sus criaturas, que se han rebelado contra el que Se Es y se manifiesta como voluntad de santidad contra el pecado.

¡Terrible dolor el de Jesús en el mismo instante de la Encarnación, en el cual contempla cara a cara la divinidad y sabe lo que es la santidad de Dios...!

Estaba todo gozoso en la contemplación del Dios glorioso, del Dios altísimo, y su ser se ha nublado tan hondamente como hondo es el conocimiento que tiene de Dios, hundiéndose en una profunda tristeza. El conocimiento de la excel-

cia de Dios fue la condición de su inmolación, porque a mayor luz, más grande dolor, al ser Él el encargado de darnos esa misma Luz y no ser recibido.

Y al caer sobre Él la carga innumerable de todos los pecados de todos los tiempos, se vuelve al Padre y, en función de su sacerdocio, responde en nombre de toda la humanidad ante la santidad infinita de Dios.

Por lo que, por una parte, Él vive una plenitud de vida y felicidad en la comunicación íntima y cariñosa de las divinas Personas. Contempla con el Padre toda su infinita perfección, la expresa, en unión total y absoluta con su infinita Persona, y se abraza en el amor saboreable del Espíritu Santo. ¡Qué vida de júbilo, de llenura, de posesión, de comunicación dentro de las divinas Personas!

Y todo Él es recepción de la infinita donación de Dios al hombre. Toda su alma está abierta al ímpetu amoroso del Espíritu Santo que, por Él y a través suya, quiere comunicarse, en fuego avasallador y en ímpetu sabroso, a todos los hombres.

Por otra parte, Él es la Palabra infinita en su Persona divina, que, al unirse con su misma humanidad, la ha hecho tan palabra, que toda la humanidad de Cristo ya sólo palabra puede ser para expresar, en un romance de amor, toda la vida divina a los hombres. Por lo que el alma de Cristo es toda abertura y respuesta frente a

Dios, que, en la misma medida que le recibe, le responde.

En ese mismo instante de su recepción frente a Dios, repleto con la participación del Infinito, se vuelve hacia nosotros, continuando su misión en la tierra –al ser la Palabra del Padre– de comunicarnos todo el tesoro de nuestro Padre Dios.

Y en el mismo instante que se vuelve a nosotros, recibe el “no” escalofriante de la humanidad, que nuevamente en Él le dice a Dios que “no”. ¡Instante tremendo de dolor y de tragedia para la Palabra infinita Encarnada que, en un romance de amor, de sabiduría, de plenitud, dicha y felicidad, nos está diciendo su vida en la manifestación de amor más incomprensible, más amorosa: la Encarnación, que hace que Dios sea Hombre para que, diciendo su vida a los hombres e incorporándolos a sí, les haga Dios por participación!

En el momento de la Encarnación, Cristo, cargando con todos los pecados de todos los hombres, se vuelve al Padre y se ofrece en victimación de respuesta amorosa por todos nosotros. Quedando en postura sacerdotal y en función del ejercicio de su sacerdocio que le hace ser el que recibe la vida divina; el que responde al Amor Infinito; el que, en la llenura de su

plenitud, se vuelve para saturarnos a todos de divinidad; y el que, al no ser recibido, se retorna al Padre, en respuesta de retornación y sacrificio, para expiar en sí, y así purificar al hombre, del “no” escalofriante que nuevamente ha repetido a la santidad infinita de Dios.

¡Ya Dios tiene en la tierra un Hombre que, siendo Hombre, es Dios, y que le responde eterna e infinitamente como Él se merece, en nombre y en respuesta de toda la creación! ¡Y ya el hombre tiene en la tierra a Dios que, a pesar de ser Dios, es Hombre, y que, al hacerse uno de ellos, tiene una capacidad tan trascendente, que es capaz de recopilar en sí a todos los hombres, y, volviéndose ante Dios, reparar por todos ellos como responsable de toda la humanidad!

Jesús, como hermano mayor que contemplaba siempre la Alegría eterna, tenía una nube tan grande de tristeza, al verse el Primogénito y fiador de todos sus hermanos, que ni amaban a Dios ni le buscaban, como Él mismo dice: “¡Me dejaron a mí, que soy Fuente de aguas vivas, y se cavaron cisternas, cisternas rotas!”

Jesús ha venido para darnos el secreto amoroso de nuestra Familia Divina, y se encuentra con la dureza e incomprensión de la inmensa mayoría de los hombres que, mirándolo todo al modo humano, no solamente no han conocido

a Dios, sino que tampoco conocen a Jesucristo, su enviado, siendo Él, en cada instante de su vida, víctima de ese desconocimiento.

La misión de Cristo es darnos a participar de la vida que el Padre, abrasado en el Espíritu Santo, le comunicó, para que la depositara en el seno de la Iglesia y ésta, con corazón de Madre, nos la diese durante todos los tiempos. Lavando la mancha de nuestros pecados con su misma sangre, hizo lo máximo que pudo hacer por nosotros, sus hermanos. ¡Y aún seguimos sin recibirle!: “Felipe, ¡tanto tiempo que estoy con vosotros y aún no me habéis conocido...!”

Qué soledad, qué incomprensión, qué tristeza la del alma de Cristo, que quisiera mostrarnos al Padre, que nos grita en toda su vida, con todos sus milagros, en todas sus obras, miradas, palabras, acciones: ¡Dios...!, ¡Santidad...! y ¡entrega del Dios bueno...!

¡Qué sería para Cristo, después de treinta y tres años de su vida mortal, ver que seguíamos, la mayor parte, sin recibir a Dios...! ¡Y cómo se le desgarraría el alma, en sus horas largas de oración, a Él, que era el Cristo, el Ungido, hecho para ofrecerse y para ser inmolado...! ¡Qué sentiría Jesús, al ver y vivir todos los tiempos, todos los pecados de todos los hombres, y cómo, después de veinte siglos, sabiendo lo que Dios se merecía, y lo terrible de su incesante inmolación y sacrificio, seguía sin ser recibido...!

¡Qué dolor para el alma de Cristo, que vivió

en cada momento de su vida siendo el Receptor del Amor Infinito y viviendo la tragedia de toda la humanidad durante todos los tiempos...! Ya que Cristo vivió hondamente cada uno de los momentos de todos los hombres, pasados en amor o en dolor, en entrega o en olvido; siendo para Él su vivir, no sólo su propia vida, sino también la vida de todos nosotros en cada uno de nuestros momentos.

El alma de Jesús, expresión cantora del serse del Ser, casi en infinitud y en expresión perfecta, dice, según su capacidad, el infinito ser de Dios, de tal forma que, para Jesús, no hubo nada oculto de todos los siglos pasados o futuros.

Los treinta y tres años del Divino Maestro fueron vividos, en cada instante de su vida, en la máxima intensidad de amor y dolor, de lo que su alma estuvo llena y repleta en todos los momentos de su existencia.

Jesús vivía su *momento presente* en tal intensidad, que, en cada momento de su vida, estaba padeciendo en su alma, pasando y sufriendo todo lo que, durante treinta y tres años, pasó por su ser de hombre.

Nosotros vivimos nuestro momento presente que, con más o menos intensidad, pasa para no volver más. Pero no fue así en Jesús que, como lo veía todo, cada momento de su vida mortal fue, no solamente el *momento presente* de sus treinta y tres años, sino que, en ese momento o instante de su vida, estaba viviendo también

todos los momentos de todos los hombres y de todos los tiempos.

Jesús vivió durante sus treinta y tres años, en cada momento, toda su pasión cruenta, con todos sus dolores, agonías y tristezas. Todos los momentos de su vida, desde el pesebre hasta el “*consummatum est*”, fueron vividos por Él en un solo *momento presente*.

Pero no queda ahí, sino que, en ese mismo *momento presente*, Jesús sufrió: toda la tragedia terrible de su Iglesia, con todas las herejías, cismas, con todo el desgarrar de ésta; el martirio y persecución de cada uno de sus mártires; los abandonos, sequedades y desamparos de todas las almas; la muerte de todos los santos; las ofensas de todos los pecadores; las traiciones de todos sus amigos e hijos... ¡Y esto no de un tiempo, sino de todos los tiempos, desde Adán y Eva, hasta el fin del mundo!

¡Pobrecito Jesús...! La pasión cruenta de nuestro Cristo, de nuestro Dios Encarnado, fue una manifestación externa que expresaba un poco la tragedia espantosa de cada momento de los treinta y tres años de su existencia terrena.

No es que los treinta y tres años de Jesús fueran un *momento presente*, y que Él, durante toda su vida, fuera por partes viendo todos los tiempos y sufriendo por todos ellos, no; sino que Jesús, como vivió en el tiempo, vivió durante sus treinta y tres años innumerables momentos, durante todos los cuales Él vio y padeció todos los tiempos.

Y si se le hubiera preguntado:

– Jesús, ¿qué estás viviendo en este *momento presente* de tu vida mortal?

Él hubiera contestado:

– Mi *momento presente* es toda la tragedia espantosa de toda mi vida y de todos los tiempos. Yo estoy sufriendo en mi alma, en este *momento presente*: la ingratitud de todos los tiempos y de todos los hombres para con Dios; y estoy viviendo también en mi alma todos los amores y las entregas de amor puro de las almas fieles; y estoy sufriendo todas esas infidelidades y gozando con todos esos amores. Y no como una cosa en bloque, no; sino que cada latido de cada alma, y cada momento suyo vivido en amor o en desamor, en entrega o en olvido, es para mí mi *momento presente*.

Jesús ha visto y ha vivido todos los instantes de nuestra vida pasados en amor o en desamor, siendo para Él su vivir constante. Así que, ese *momento presente* que a nosotros se nos hace a veces tan insoportable, y que estamos deseando que pase y que, una vez pasado no vuelva más, en Jesús fue su *momento presente* de treinta y tres años; de modo que Él vivió todas mis sequedades, tristezas y mis entregas de amor puro.

En el alma de Jesús fueron vividos todos mis sufrimientos y alegrías, amores y defecciones, siendo yo siempre para Él descanso y dolor. Y, esto, no a ratos, ni que lo pasó una vez en su

vida por cada uno; sino que Jesús vivió, en cada momento, todo lo de todas las almas, en toda su vida y en cada momento presente de ella. Así que toda mi vida la tuvo Él siempre presente, desde la Encarnación hasta el Calvario; y no sólo mi vida, sino la de todos los hombres.

Jesús no tuvo más *momento presente* en su vida mortal que un momento. No es que fuera su vida un *momento presente*, no; sino que la vida de Jesús era, en cada momento, el momento terrible de la tragedia de todos los tiempos de la vida de toda la Iglesia; viviendo Jesús en cada uno de los instantes de su vida, como Cabeza de su Iglesia, toda la vida de la Iglesia en todos sus tiempos con su realidad terrible de riqueza, misión –como prolongación de Él– y tragedia al no ser recibida; realidad viva que Cristo prolongará en el seno de esta Santa Madre durante todos los tiempos.

¡Oh vivir profundo del alma de Cristo...! Y por si era poca intensidad de vida para el alma maravillosa e incomprensible de nuestro Cristo, también tenía en ese *momento presente* la contemplación cara a cara de la Divinidad, contemplación que le hacía vivir en cada instante un *momento presente* de gloria.

¡Así que en el alma de Cristo se daba, en un *momento presente*, el Infierno y el Cielo, todos los amores de todos los tiempos y todas las tristezas y desamores de todos los siglos!

¡Qué riqueza encierra en sí Jesús...! Parece que

la mente se rompe ante la perfección de su naturaleza creada, que fue capaz de vivir, en una intensidad tan trascendente y en un mismo instante, todo el gozo que le proporcionaba la comunicación familiar que vivía con las divinas Personas, y por otra parte, el dolor del desamor de los hombres que Él representaba ante Dios.

¿Cómo podremos nosotros comprender el amor de Dios que tan incomprensiblemente, para nuestra mente humana, nos ama...? ¡De cuántas maneras...! ¡En cuánta intensidad...! Para que no dudemos nunca del Amor Infinito que, al amarnos, no se perdonó nada por nosotros.

¿Cómo podría Cristo, a un mismo tiempo, contener en sí todo el ímpetu infinito de la Divinidad que lo impulsaba irresistiblemente a comunicarse a los hombres, y todo el ímpetu escalofriante, en fuerza de rechazo, de la humanidad que le dice que “no”...? ¡Y Él en medio, como prensado, entre la donación de Dios y el rechazo de los hombres!

Todo el vivir de Cristo en sus treinta y tres años fue una expresión amorosa de la vivencia y tragedia que tenía en su alma en deseos incontenibles de comunicarse. Y por eso la Eucaristía, la crucifixión y la muerte de Cristo con su resurrección gloriosa son la expresión delectada del amor de Dios al hombre, que, llegando en su necesidad incontenible hasta el extremo, ardiendo en deseos, como Palabra infinita, de expre-

sarnos y comunicarnos su misión, todo su ser de hombre reventó en sangre por todos sus poros en Getsemaní; explicándonos por todo su ser hasta dónde y cómo ama Dios cuando ama, y hasta dónde y cómo es capaz de expresarse el Amor Infinito cuando habla.

Así se te ha dado Dios en su amor infinito, a través de Cristo, en romance de amor.

¿Qué hará tu amor ante la Donación infinita que se hizo *palabra* para que tú le recibieras, le escucharas y fueras capaz de amarle y vivirle?